

Humanismo y libertad

La conciencia europea

Francisco Prieto

Es probable que lo humano, tal y como lo conocemos ahora, no habría existido más como un ideal que como una realidad sin don Quijote de la Mancha. Francisco Prieto, autor de novelas como Ruedo de incantos y Felonías, confronta la obra de Miguel de Cervantes con el mundo actual a partir de una interpretación plena de humanismo libertario.

A lo largo de lo que llamamos historia universal, o sea, ese periodo de la humanidad que va desde la aparición de América en el horizonte vital de Eurasia y África, parece que tanto el bien como el mal han ganado en extensión y en profundidad. Y parece también que la conciencia moral se ha estrechado y que, paradójicamente, va en proceso de desaparición. A la mayor presencia del reconocimiento de los derechos humanos no corresponde un sentido más extendido de la conciencia moral en los seres humanos. Así, el humanismo contemporáneo centrado en haber puesto entre paréntesis el verbo deber, que todo lo iguala, que no distingue jerarquías y por lo mismo valores superiores, parecería un falso humanismo porque a éste le sería consustancial la libertad. La libertad implica conciencia de los límites, de que elegir es renunciar, de autodeterminación desde el núcleo mismo del ser. Y en esto reside lo que llamamos conciencia europea, sin la cual nunca se hubiera producido una obra como *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. En rigor, la novela de Cervantes es no sólo la primera gran novela que introduce en la literatura el llamado realismo crítico ligado a la dimensión onírica, sino la obra que plasma, en parte por ello mismo, el pun-

to en que Europa se deslinda de la cultura grecolatina y del judaísmo para afirmarse como una cultura autónoma. Si la conciencia europea conlleva la afirmación del *challenge and response* (Toynbee) y la convicción de que, como quería Chesterton, nada hay verdaderamente absurdo como no fuere pretender eludir el cambio y afirmarse como conservador, puesto que las cosas de natural tienden a podrirse, todo esto se encuentra en la esencia misma de la humanidad de Alonso Quijano, el bueno.

En efecto, la novela es la historia de un hombre que fascinado por el mundo luminoso de los caballeros andantes, no se puede quedar al nivel de la contemplación. Han sido no pocos los años dedicados a soñar, el tiempo de preparación para hacer realidad los ideales vividos a través de los libros, los libros que ya en Europa refuerzan la conciencia individual que marca una distancia con el común, que promete a la persona, en consecuencia, la construcción de sí misma. ¡Construirse, afirmación del yo! ¿Y qué otra cosa distingue al hombre de la modernidad de aquel otro de la antigüedad si no es, precisamente, la afirmación del yo? Y esto significa que los seres humanos han llegado, finalmente, a poseer una confianza básica que hace posible distanciarse del

otro, cultivar la soledad del yo-otro, que no es esa otra del monje budista o hindú que procura asimilarse a la nada y borrarse, aniquilarse. El yo-otro lo es porque se mantiene abierto al otro, a los otros, porque sabe que socializar el conocimiento sólo es válido si toma asiento en la confrontación. Esta procura de la dignidad tiene su raíz, empero, en el cristianismo sin el cual no podría hablarse de la vocación europea que en don Quijote es eje central. Me explico:

La vivencia cristiana nuclear se finca en un ser que carga con los pecados del mundo, cuya palabra no es complaciente, que confronta y devuelve las preguntas porque sólo es válido aquello que es asumido desde uno mismo. Morir por los otros para que encuentren consuelo, tengan una razón para vivir, conciencien que la vida contemplativa no puede sino preceder a la existencia comprometida y actuante. El hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, no puede renunciar a la acción transformadora sobre el mundo pues tiene que vivir para construir el Reino en este mundo aun presintiendo que el Reino de Dios nunca se dará sobre la Tierra. Y el personaje de don Quijote es uno que advierte una cierta homogeneización que se posesiona de la sociedad, una cierta molición que reclama el derecho a la vulgaridad, un desarrollo de la desconfianza hacia a aquel que se muestra diferente, un extrañamiento ante el que busca valores superiores que se han olvidado, el sinsentido de la ritualidad puesto que no habría nada trascendente para el común de los hombres, que lo empujan a rebelarse, a decir que no, a comprometerse con la recuperación de esos valores superiores que propician la concordia y la comunicación entre los seres humanos. Así, cuando abandona el castillo de los duques, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, fiel una vez más a la dama de sus pensamientos, don Quijote dice a Sancho Panza:

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los Cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido, pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y en aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrecheces del hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. ¡Venturoso aquél a quien el Cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo Cielo!

Concepción de la libertad que es, a un mismo tiempo, exaltación de la autodeterminación y rechazo de todo determinismo que no obedezca a la necesidad última del propio ser que se inclina, conforme con su naturaleza, a los valores más altos que habitan en el interior del hombre. Libertad de elegir las cadenas que son, paradójicamente, liberadoras porque fijan al ser humano con lo único que puede ligarlo con los hombres y mujeres de calidad de no importa qué cultura. Si Juan Ramón Jiménez quería que el soneto fuese ilimitado en la limitación de sus orillas, asimismo don Quijote para quien no importa si, finalmente, Dulcinea del Toboso existe o no:

Porque ni yo engendré ni parí a mi señora puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y, finalmente, alta por linaje a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas.

Y es que no podría haber comunicación satisfactoria entre los seres humanos, en el tinglado social, si no reconociésemos los hombres nuestras cadenas que no pueden ser sino éstas que nos hacen abrírnos a lo que nos trasciende. En este sentido, la novela de Cervantes es una exaltación de la democracia centrada en la igualdad esencial de los seres humanos. En esos capítulos maravillosos que van del encuentro con el titiritero hasta la liberación de la casa de los duques, por parte de don Quijote, con la estadía de Sancho en la ínsula como gobernador y procurador de justicia hasta el reencuentro del amo y del escudero para reanudar juntos el camino, Cervantes nos pone en la vereda hacia ese punto de encuentro, en rigor, de comunión en que Sancho Panza sabe que ya no sólo es él mismo porque se ha vuelto un poco su señor. En esas secuencias extraordinarias, llegamos al punto en que don Quijote se percató de una admiración honda por su escudero que es ya tan suyo como su propia persona:

...porque si eres mi escudero, Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos y, por la misericordia de Dios, estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana bastantes para sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella, por mi parte, con cuanto mi hacienda alcanzare...

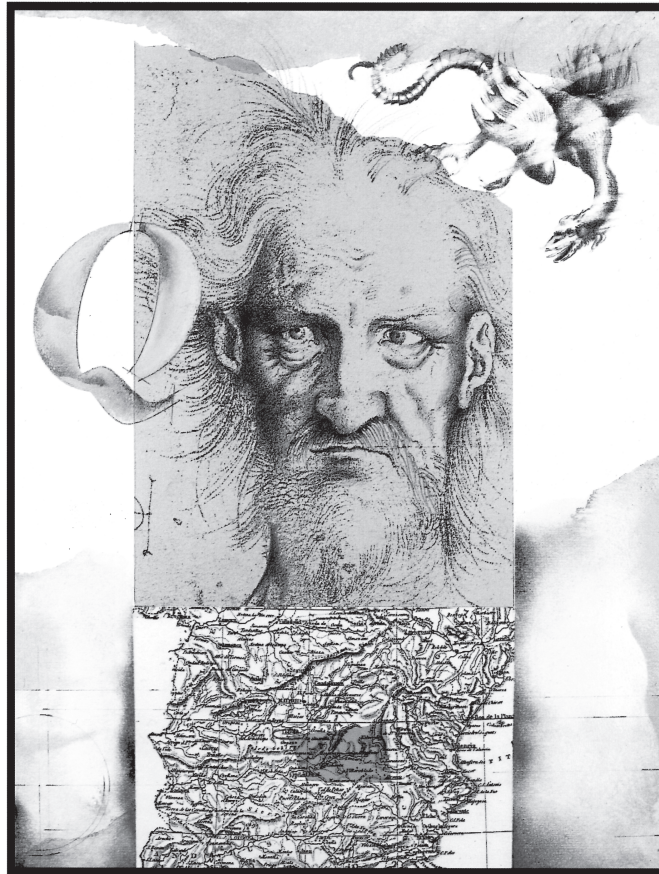
Si en el castillo de los duques habían hecho burla disimulada de ellos dos, si habían inventado una ínsu-

la para el gobierno de Sancho, donde para sorpresa y escándalo el rústico escudero hace justicia, uno y otro se hartan del espíritu cortesano, de vivir en lo que ni uno ni otro toleran, la simulación pero, sobre todo, el dejar de ser lo que son, o sea, lo que quieren ser y para ello es preciso abandonar bienes de este mundo, al fin que no se puede repicar y andar en la procesión. Encuentro que es un hallazgo, una revelación entre el señor y su escudero. Como don Quijote abandona el castillo de los duques, asimismo Sancho Panza había dejado la gubernatura:

Sí, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez días la goberné a pedir de boca; en ellos perdí el sosiego y aprendí a despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo de ella, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro.

Ahí, en esos pasajes se concentra la pasión de libertad, de afirmación de autonomía de la persona, de humanismo que es, en rigor, la exaltación de la convivencia desde la diferencia, o sea, el ideal democrático que so pena de ceder al servilismo vil no pueden los seres humanos preterir. Y ahí, precisamente, se encuentra lo que he llamado vocación europea. En efecto:

Esa vocación europea que en un momento histórico determinado comenzó a contagiar a casi toda la humanidad, ésa que ahora ha iniciado su deconstrucción, sumidos como andamos en la posmodernidad, ha sido el punto más alto alcanzado por el género humano, ése en que es posible tanto solidarizarse como desolidarizarse, saberse un solo hombre, una sola mujer que pueden, solos, tener razón frente a toda la humanidad o, desde un acto radical de la voluntad, ligar la propia suerte a la de los demás. Dicho de otro modo, la novela de Cervantes es el verdadero parteaguas entre el mundo antiguo en cualquiera de sus facetas y el mundo moderno. Obra donde reluce el espíritu crítico que remite, necesariamente, al individuo, pues las masas se adhieren pero no está en su esencia separarse. Y don Quijote parasita su tiempo y su sociedad enderezando entuertos, diciendo que no a lo establecido si acaso es injusto, liberando a los cautivos porque no están encadenados y privados de libertad por voluntad propia pero buscándoles hacer entrar en razón, transformar sus vidas asimilando una existencia ordenada al bien de la comunidad. Lejos del despotismo oriental tan bien revelado y analizado por Karl Wittfogel, las vidas de don Quijote y Sancho testimonian el amor a la vida que se finca en el amor de sí. "Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo por amor a Él", dice la *Biblia* hebrea, y Jesús, el judío, lo ratifica: "Amaos los unos a los otros". Pero amor, lo sabe Alonso Quijano, no es consentir, sino confrontar, no ver el bosque sino atender a



Maricarmen Miranda y Víctor M. Martínez, *En un lugar de la Mancha...*

cada árbol del bosque. Don Quijote, en desafío, persigue la construcción de la comunidad. Este sentido radical de la dignidad, que se finca en el sentido del deber, lo expresará muchos años más tarde el Alcalde de Zalamea, ese drama de Calderón donde, por cierto, se cita a don Quijote, porque al rey la hacienda y la vida se ha de dar, pero el honor es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios.

En todos los sentidos posibles que se ofrecen a lo largo de la novela, el Quijote se opone a la oferta cultural posmoderna donde se vive como si el verbo deber no existiera; por tanto, allende la dimensión moral, lo que se traduce en existencias sin agonía, como si una existencia valiosa pudiese prescindir de ser, en una medida importante, un campo de batalla. Nada más ajeno a la humanidad de don Quijote que el relativismo moral, la igualación de los seres humanos, la negación de las diferencias, la desjerarquización de los valores, la supresión de toda trascendencia como si ésta no estuviese contenida en cada uno de nosotros y no fuese el interior de cada uno el que nos mostrase una connaturalidad última con el Bien, con la búsqueda de la Verdad, que es el único sosiego del intelecto, con la Belleza, en fin, que exige la contemplación y el silencio. Nadie que haya leído la novela de Cervantes podría negar la sabiduría no fáustica sino humana del autor.

Leer el *Quijote* es asumir la alegría y el orgullo del derrotado. Don Quijote se vuelve humano, demasiado humano cuando viviendo ya su muerte no reniega de



Maricarmen Miranda y Víctor M. Martínez, *Don Quijote parte del castillo de los duques...*

los valores que sirviera en sus andanzas pero sí del mal que su idealismo, revestido en no pocos momentos de una especie de sagrada intransigencia, hubiera causado. Su tristeza es, también, la de esos últimos hombres y mujeres que ya están en la última vuelta del camino y que presenciaron la muerte de Dios y el fin de la Utopía. Derrotado el caballero de la triste figura como a la larga lo somos todos, criaturas con una sola certidumbre, ésta de ser seres para la muerte a la que sólo consolaría la Fe pero una Fe vivida en la caridad, la solidaridad, la mirada puesta en los ojos del otro y de los otros. Como don Quijote presentimos algunos que es necesario combatir por el restablecimiento de los valores olvidados y por la construcción, paradójicamente, de una humanidad distinta y superior. Hay que luchar contra los gigantes que nos amenazan en forma de esos molinos de viento de una Tecnología que pretende someternos a ser sus operarios, rendidos ante ella y ella a un mundo dominado por la fecundidad del dinero, por la especulación financiera que es deporte de los señoritos satisfechos que han establecido un orden económico y social que de tan racional ha sentado sus reales en la irracionalidad que ya ni siquiera perciben. La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, exclamó don Quijote en un contexto análogo. Irracionalidad de vivir compitiendo, de vivir en el miedo del paro, de sometimiento al trabajo y al costo beneficio que acaban volviéndonos impotentes para hacer en nosotros el desierto, olvida-

dos del *dolce far niente*, divorciados, por ello mismo, de la poesía. Y es que la técnica ya ha mucho que no obedece al espíritu y los seres humanos que han desterrado el ocio de la cotidianidad han quedado condenados a parasitar la existencia sin sentir el tiempo, clavados en el espacio, en un presente perpetuo que remite a la animalidad. Y, como nos hiciera ver Ortega, el ser humano no lo fue siempre, dicho de otro modo, puede tornarse bestia. A diferencia de un mono, de un tigre, de un delfín que son siempre el primer mono, el primer tigre, el primer delfín el hombre, mientras permanezca como tal, no sería nunca el primer hombre, sencillamente porque es una criatura histórica, carga un pasado y depende de un proyecto.

Libertad y humanismo, el sueño de un proceso continuo de diferenciación e integración, de ensimismamiento y alteración han constituido la razón de ser de lo que llamamos civilización europea. Don Quijote, actuante por los caminos, se retira de vez en vez para velar armas, para sentir las voces interiores en la Sierra Morena, para contemplar por vez primera el mar cuando llega a Barcelona y descubrir una nueva dimensión de la belleza. Ese don Quijote que no le hace feos al vino ni a los manjares deleitosos de las bodas de Camacho y de la residencia de los duques, que asume, por otro lado, que elegir es renunciar, que el hombre tiene que estar a la altura de sus sueños... Los sueños de don Quijote se han vuelto los de Sancho, los de ustedes y los míos:

¡Ay!, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese de esa cama y vámonos al campo vestidos de pastores como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea, desencantada que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por yo haber cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy será vencedor mañana.

El no conformismo, asumir la rebeldía, confrontar para unir, para crear síntesis vitales y nuevas. Explorar lo desconocido, encuentro de libertad y destino; distinguir para unir, superar el vitalismo sin bordes de don Juan y el saber y la contabilización de los saberes de Fausto hasta alcanzar una síntesis superior. Compromiso con los hombres desde la libertad y el espíritu lúdico de la autodeterminación, todo eso, en fin, que encarna don Quijote y que ha sido, hasta hace poco, la esencia misma de la cultura europea. **U**